RAFAEL ALBERTI Y SU RETINA UNIVERSAL

Poetas: en todo está
lo bello. Pero lo bello,
si no se ve, no se da.

R. A.

De verdadera fiesta hay que calificar la aparición de las *Poesías Completas* de Rafael Alberti (1). Y a esta hermosa fiesta estamos todos invitados, pues todos tenemos algo que recibir y dar en la efemérides. Dar, ofrendar el asentimiento poético al hombre, al hermano mayor que nos exige la belleza y la autenticidad de la voz; recibir, y con honradez, la absoluta obra ajena, que en este caso añade a la poesía española contemporánea uno de sus más milagrosos sucesos. Alberti se ha consolidado él mismo, se ha coagulado como una herida bien dicha y enseñada.

Hablar, con un sentido crítico, de sus libros no me parece oficio conveniente en esta hora. Siempre he pensado que "ponerse frente a" la obra repetida y conjugada de un escritor supone un riesgo trágico, el de "ex-ponerse" a repetir lo pronunciado o aplicar una visión de particularidad espacial o temporal a lo que significa otra cosa, por su resbaladizo apresamiento. Pero sí procede partir de hechos—de poemas—diferentes, para, por inducción, llegar a un principio general. Y este principio general es, para mí, el valor visual de la poesía de Rafael Alberti. El poeta portuense tiene un ojo universal; todo le entra por el ojo ("entrar por el ojo", en Andalucía, quiere decir golpear en la sensabilidad de uno). El mundo de Alberti corresponde, pues, al de un pintor, aunque un pintor (no lo olvidemos) con conciencia de su poeticidad. El universo repercute en la retina pictóricamente, pero la elaboración de lo expresado es de poeta. Esto enriquece de un modo fabuloso a la poesía de Alberti, incluso en mayor proporción que la de García Lorca. De ahí que muchos lo prefieran al granadino, sin preguntarse por qué; y es que el verso, en Lorca, nace de la música (oído) y en Alberti de la imagen (ojo). Basta esta diferencia para derribar las opiniones de los que incluyen a los dos grandes poetas en un mismo apartado. Hay que pensar, meditar ante lo que se tiene delante, y no generalizar superficialmente, dejándose llevar de algunas concomitancias de temas populares o de formas estróficas empleadas. Lorca y Alberti son, en sustancia, distintos.

Sí, para hablar de lo visual en la poesía de Alberti—como principio válido de conocimiento—he de partir de situaciones y libros muy diversos entre sí. Imposible desarrollar como quisiera el asunto, para mí fascinante. Sirvan estas notas de apuntes que antecedan a lo que algún día emprenderé con más amplitud.

1) *La infancia.*—¿Cómo expresa el poeta su infancia, dorada por el tiempo? En *Retornos de lo vivo lejano* (1948-56), Alberti se lamenta de lo perdido; son versos temerosos, con sombra dentro:

Quedan,
ya sólo quedan, ¿oyes?,
una conversación confusa, un errabundo
coloquio sin palabras que entender, un temido,
un invasor espanto
a regresar sin ojos, a cerrarlos sin sueño.

("Retornos de una tarde de lluvia")

(1) Editorial Losada, S. A. Buenos Aires. (Con un índice autobiográfico y bibliografía por Horacio Jorge Becco.) 1961, 1.193 págs.

¡Regresar sin ojos! He aquí la posible muerte del poeta, que necesita el ojo más que cualquier otro instrumento u órgano. La sensación visual se agudiza cuando el poeta se refiere a los días infantiles:

Como un látigo, el 1 lo sube en el pescante
del coche que el domingo lo lleva a las salinas
y se le fuga el 0 rodando en las bodegas,
aro de los profundos barriles en penumbra.

("R. de los días colegiales")

2) *La cal.*—Tanta importancia adquiere la cal en la poesía de Alberti, que escribió un libro, *Cal y Canto* (1926-27) que la comprendiera.

Ara del cielo, dime de qué eres,
si de pluma de arcángel y jazmines,
si de líquido mármol de alba y pluma.

("Araceli")

Cal, blancura. Lo blanco concretado en sustancia, lo accidental vuelto prestigio andaluz. La luz, enviada por la cal a los ojos, puede producir encandilamiento, contracciones pupilares, afecciones retinianas, incluso ceguera. Estas afecciones, estas "miosis", ¿son las causantes de que el poeta Alberti mire a su familia a través del tiempo no con otros ojos, sino con otra imagen?

Imagínate,
hermana,
suponte tú que un día amanecen las calles rojas de banderas
y "La Internacional" remonta los palacios,
sube las escaleras de los templos,
donde te encuentras tú,
contraria,
frente a mí,
ciega,
obstinada,
a los pies de Jesús Sacramentado.

("Hermana", en De un momento a otro *(1934-39.)*

¿Ciega, la hermana? ¿Ciego Alberti, arrebatado Alberti? La cal ha cegado momentáneamente al poeta.

La blancura surge con frecuencia; y nos deslumbra el hombre que ya fue deslumbrado por la luz esencial. La blancura se manifiesta—como tantas cosas—desde su infancia. Y desde su primer libro, *Marinero en tierra* (1924): no sólo la luz del sol emociona al poeta; la luna, fría, aparece en los sonetos "Rosa-fría, patinadora de la luna" y "Malva-luna-de-yelo", como algo más que un simple pretexto para metaforizar. De pronto sentimos frío en los huesos, igual que lo sentimos al leer la "Elegía del niño marinero":

Tendió las redes, ¡qué pena!,
por sobre la mar helada.
Y pescó la luna llena,
sola, en su red plateada.

También las salinas gaditanas deslumbrarían al poeta, le nevarían los ojos con su pureza. Y, a través del recuerdo, el color blanco "haría viajar" a Alberti:

Te hacen viajar el blanco tembloroso y erguido
que abren las margaritas contra la enredadera,
el marfil de los senos nacientes del magnolio,
el albo de las calas de pie sobre el estanque.

("Retornos a través de los colores")

En el libro *A la Pintura* (1945-52), Alberti llamará al color blanco de muy variadas maneras, lo identificará con objetos heterogéneos, pero la verdadera visión la darán ciertos versos:

Mi infancia fué un rectángulo
de cal fresca, de viva
cal con mi alegre solitaria sombra.

("Blanco"-7)

Yo soy el hijo de la cal más pura.

(9)

3) *Cádiz, Andalucía.*—En ese mismo apartado de lo "Blanco", dirá: *Blanco Cádiz de plata en el recuerdo.* Es curioso: Alberti propende a encarnar imágenes de la geografía andaluza en el paisaje argentino o uruguayo de sus años actuales. Igualmente recreó lo andaluz en las tierras castellanas o norteñas.

A Cádiz le dedicó expresamente un libro, *Ora Marítima* (1953), al celebrar la ciudad su tercer milenario. Alberti, "hijo fiel de su bahía", maneja mitologías e historias, y hace asumir a Cádiz un papel de protagonista, con grandeza, ensanchando los recuerdos griegos, tan propicios a lo coral y trascendente. Andalucía nunca se despega de la memoria de Alberti. Es en las *Baladas y canciones del Paraná* (1953-54) donde quiero detenerme, porque—vuelvo a lo de antes—ahí el poeta anota, en escenario distinto, antiguas añoranzas. En la *"Canción 13 (Almotamid)"*, de las "Baladas y canciones del Mayor Loco", del libro citado, se leen estos versos:

El campo, de terciopelo,
bordado está de caballos.
Verde el terciopelo y negra
la greca de los caballos.

Pienso en el rey de Sevilla,
triste y blanco.

Y esta Canción, entera:

Esta ventana me lleva,
la mire abierta o cerrada,
a Jerez de la Frontera.

Que este campo,
donde galopan o duermen
los caballos,
y este río,
por más grande que parezca,
son Jerez de la Frontera.

Campo y río
de Jerez de la Frontera.

Al río Paraná le habla:

Hoy quiero soñarte, río,
más pequeño.
.....
Lo mismo que el Guadalete
de mi pueblo.

¿Qué significa todo esto? Sencillamente: las imágenes retenidas en la memoria desde la infancia han envuelto a las presentes, han absorbido a las cotidianas. El poeta "ve" al Guadalete en el Paraná por medio de lo que, en psicología, se llaman "fijaciones". Jung ha estudiado el tema. ¿Y no es cierto que es corriente la expre-

sión "fijar la vista"? No diremos nunca "fijar el tacto". Aquí están las imágenes, adormecidas en la memoria y vueltas a "ver" en actitud y aptitud de creación. Jerez de la Frontera ha podido instalarse en el paisaje nuevo a causa, antes que nada, de la hiriente impresión jerezana ocurrida en la niñez. Por encima del tiempo, el poeta ha guardado fidelidad a su primer y entrañable entorno.

4) *El mar.*—La imagen del mar siempre vige en la poesía de Alberti. Inútil acumular ejemplos. Baste recordar los libros *Marinero en tierra, La amante, El alba del alhelí, Pleamar, Poemas de Punta del Este, Ora Marítima,* etc. Como en Juan Ramón Jiménez, el mar dicta versos con su oleaje monótono. Por eso el mar unió a Juan Ramón y Alberti en la palabra y en el afecto. "La serie esta del Puerto... —dice el poeta moguereño en su carta a Rafael Alberti—es una orilla, igual que la de la bahía de Cádiz, de ininterrumpida oleada de hermosura." La poesía del portuense es toda mar, es decir, sal en movimiento. El mar place al ojo. El humor acuoso está próximo a la salinidad marina. No olvidemos que un recién nacido posee un alto porcentaje de agua salina. La sangre, además, contiene una considerable cantidad de agua. La vida nació en el agua, eso es incuestionable. Rafael Alberti, tan vital, tenía que aprehender la imagen del mar, y no sólo por hábito y selección de infancia. En el mar—español, americano—, el poeta ha encontrado el origen de la vida, la génesis del hombre. ¡Ah! Y Venus surgió de las aguas.

5) *El amor.*—Aunque Alberti ha escrito versos de amor con frecuencia, es en el libro *Entre el clavel y la espada* (1939-40) donde lo pasional más se precipita y encrespa. Los doce "Sonetos corporales", que comprenden la primera parte del libro, ofrecen situaciones sexuales calientes, dichas con un lenguaje de mago inequívoco. Lejos están los sonetos de cualquier ramalazo pornográfico; bastaría el lenguaje ceñido, las metáforas maravillosas, para eximirlos de una posible confusión de parcelas, la estética y la ética. Aquí no hay sino una sola ética estética.

La visión albertiana del cuerpo amado es erótica, rugiente. Pero la palabra es tan exacta, que ha intelectualizado el fragor y el desorden. Alberti, gran contemplador, ha alzado su verso rojamente, y este encendimiento es más grávido en él por la cualidad de su ojo. Es sabido que los rayos incidentes van a la retina; por el nervio óptico pasan a la carina, en la parte posterior del cerebro, y de la carina pasan al tálamo óptico, que está sobre el hipotálamo, regulador—con la hipófisis—de la función hormonal, y que asimila e intelectualiza lo recibido. ¡El tálamo! Qué bien va la palabra para esta poesía amorosa. Sí, intelectualizadas imágenes, formalmente reprimidas, profundamente desordenadas. En el "Diálogo entre Venus y Príapo", del mismo libro *Entre el clavel y la espada,* la acción carnal llega a su exquisita expresión poética. Alberti, de ojo alerta siempre a lo exterior, no podía desaprovechar la elementalidad del amor, su triunfo más visual que táctil.

6) *La pintura.*—Alberti, que empezó en 1917 teniendo una "vocación decidida por la pintura", arrumbaría hacia 1923 esos afanes pictóricos—cerrando el ciclo con una exposición en el Ateneo de Madrid—, para más tarde regresar a la línea y al color, hacia 1947. Hoy Alberti pinta y dibuja, alternando pintura y poesía. Su libro *A la Pintura* (1945-52) es uno de los más bellos que se han publicado durante este siglo en idioma castellano. El poeta pagó su deuda con la retina, tan labradora en él, dedicándole un soneto:

...A ti, siempre vivaz, aunque dormida,
torre del homenaje de la vida,
ajimez a la mar de la ventura.

¿Qué sería sin ti de los colores,
niña de luz, pintor de los pintores?
A ti, fuente inmortal de la Pintura.

Hay sonetos dedicados a la mano, a la pintura mural, al lienzo, al pincel, a la línea, a la perspectiva, al claroscuro, a la composición, al color, a la luz, a la sombra, al movimiento, al desnudo, a la gracia, a la acuarela, a la proporción... Pasan los grandes pintores por estos versos espléndidos, y cada color, en un apartado, acoge mil juegos y contorsiones en torno al tema. Libro originalísimo, sólido, perfecto.

La luz y la gracia importan mucho en la poesía de Alberti, no solamente en su concepto de la pintura. Le dice a la luz: *A ti, lavado, líquido lenguaje.* Y a la gracia: *A ti, huidiza, resbalada, airosa, / caricia virginal, sal que aletea...* La luz es preci-

sión, inspección de lenguaje. La gracia es *fugaz, tan dable a pocos.* En *Pleamar* el poeta organiza un verdadero curso de gracia (o Gracia, es lo mismo):

Que la Gracia te libre
una vez más del verso
que con libre apariencia
sólo encadena y mata lentamente.

Y esto:

No digo que la Gracia
rehuya el barrizal, los basureros,
las escorias y nieblas necesarios...
—Sí, pero para verla
surgir más Gracia pura todavía.

¿Qué pueden decir, después de estos versos, tantos poetas sociales cantores exclusivos de lo sucio, de lo sórdido? Alberti, como Rubén Darío, rehuye las faltas de urbanidad en poesía. Humildad y sencillez no son suciedad. Claro que Alberti, para realizar esa poesía en la Gracia, tuvo la luz de sus tierras gaditanas. Ligereza, armonía de lo que se evade y se entrega, ala incitante y andaluza de lo eterno.

7) *La sangre.*—A) *La guerra.*—La retina de Alberti quedó vivamente impresionada por la guerra española. Quizá los poemas bélicos sean los de menos calidad en toda su obra. B) *Los toros.*—Con más garantía hablaremos de la importancia del tema taurino, y en esto se mostró afín con otros poetas de su Generación, como Lorca o Gerardo Diego, sin olvidar al amado y mayor Villalón.

El toro, como elemento de fuerza y poder, está presente en muchos poemas. "Toro en el mar", por ejemplo, constituye la cuarta parte del libro *Entre el clavel y la espada.* Otro prodigio de vertebración es la "Égloga fúnebre", a "tres voces" —A. Machado, Lorca, M. Hernández—y "un toro" (en *Pleamar).* En cuanto a lo puramente descriptivo, baste recordar la conocida "Corrida de toros" *(Cal y Canto):*

De sombra, sol y muerte, volandera
gracia zumbando, el ruedo gira herido
por un clarín de sangre azul torera.

Pero son raros los ingredientes sólo decorativos cuando Alberti se refiere a lo taurino; él carga una intención, como en "*Un solo toro para Luis Miguel Dominguín*" *(Poemas diversos,* 1945-59, libro inédito), y, sobre todo, en *Verte y no verte* (1934), elegía por la muerte de Ignacio Sánchez Mejías, amigo y ángel tutelar, alguna vez, de los poetas del 27. La intención ahora es, no ética (no admito la palabra política), sino metafísica. Este es uno de los pocos poemas de Alberti en que existe un deseo de superhumanización. No nos engañe el tono de las seguidillas alternantes.

La tragedia, la sangre. Y el poeta que se conmociona, por el ojo, ante el espectáculo de la muerte. ¡Qué lejanas las "chuflillas" al Niño de la Palma!...

8) *El cine.*—El cine es, como los toros, un espectáculo. Y también un espectáculo eminentemente visual. No cabe duda si se trata del cine mudo. En *Yo era un tonto y lo que he visto me ha hecho dos tontos* (1929), Alberti introduce en su poesía a actores cinematográficos: Charlot, Harold Lloyd, Buster Keaton, Bebe Daniels, Stan Laurel, Oliver Hardy, Wallace Beery. El cine mudo hubiera podido ser una forma de expresión encantadora para Alberti, convertido en director. Un mundo triste, absurdo, el de estos locos o ingenuos, cuyos gestos (todo era gesto, o su ausencia, en el cine mudo) hicieron doler, con su mecanicidad y rigidez, la sensibilidad del poeta. Y resulta paradójico que estos actores encarnaran al cine gracioso.

Lo espectacular interesó siempre a Alberti; en *Cal y Canto* hay un poema "*Platko*", nombre que corresponde a un futbolista. Lo visual impera:

Ni el mar, ni el viento, Platko,
rubio Platko de sangre,
guardameta en el polvo,
pararrayos.

¿Y el teatro? Requiere un estudio aparte. El teatro, en Alberti, es visión, pero también es ética.

9) *Visión interna y externa.*—Dicho con otras palabras: descenso al alma y contemplación del mundo (ver mundo en el sentido físico). La visión interna resalta en un libro capital de la poesía española, *Sobre los ángeles* (1927-28). Aleixandre, Alberti y Lorca forman (en su tiempo) el triunvirato surrealista. Sin embargo, el surrealismo español difiere del europeo: recuerdo que ya se ha notado tal hecho —por Gullón, me parece—. El surrealismo español cuenta con la realidad, compone o descompone *sobre* su materia. Quizá fuera mejor hablar de una transfiguración o borrosidad de lo real. Así, para Alberti, su libro *Sobre los ángeles* no será más que un entorpecimiento de la luz; al frente del libro hay una cita de Bécquer: "huésped de las tinieblas". ¿Tinieblas? Nieblas. La luz—tan amada por el poeta—no lo acompaña, y un mundo distinto se abre, de un portazo, a sus ojos. Libro conciliado dentro de la unidad de la obra total, pues la deformación era necesaria si se quería contrastar la valoración de la obra en acto o en potencia.

¡Paraíso perdido!
Perdido por buscarte,
yo, sin luz para siempre.

("Paraíso perdido")

No será *para siempre,* aunque el poeta se ha mirado en lo hondo y negro, ha visto en su conciencia el pecado y la muerte, el misterio, la esperanza, agrupando todos los ángeles *en uno,* como un Santo Tomás... de Cádiz. Todos son el mismo, la especie, sin individualización. En este caso, un ángel confuso, heterogéneo, lleno de niebla.

La visión externa la ha ejercitado Alberti "viendo mundo". El ansia de observar distintas cosas es una de las características más acusadas de los poetas andaluces. *De un momento a otro* (1934-39) y *La primavera de los pueblos* (1955-57) podrían señalar esta sed de incorporar imágenes exóticas a la retina del poeta.

10) *Miopía.*—Y queda Dios. Rafael Alberti, cuidadoso observador de lo que le rodea, no ha visto, quizá porque no le alcanza la vista, a Dios, que está sobre toda poesía que lo sea en su redondez completada. No, Alberti no ha ignorado a Dios; sólo que lo ve desenfocado, con algunas dioptrías.

Señor, al toque de Ánimas,
hoy te invoco, aunque no creo
que me escuches, pero eres
todavía una palabra
aprendida desde niño,
y hay veces, como esta tarde,
que no está mal repetirla.

("Balada de la sinceridad al toque de Ánimas",
de Baladas y Canciones del Paraná.)

¿Verá el poeta claramente a Dios, lo verá como Luz, como Gracia? La vaga forma podrá un día adquirir nitidez de pura imagen en la retina de este Rafael Alberti que dijera en una ocasión: "Sin duda yo soy un poeta para quien los ojos son las manos de su poesía." Que el ojo universal de Rafael Alberti contemple un día a Dios, aunque se ciegue pasajeramente: como hace la cal de los muros andaluces, como hizo la luz violenta que derribó a San Pablo del caballo.

MANUEL MANTERO